

Filosofía del Dinero, George Simmel (1900)

Filosofía del dinero es una indagación sobre la génesis del carácter valorativo del intercambio social, una exploración de la génesis de las interacciones sociales sustentadas en el intercambio de valor y una indagación sobre el dinero como materialidad de lo abstracto, propia de la economía monetaria, que permite establecer equivalencias y constituir unidades de medida. Las discrepancias genéticas entre sacrificio y beneficio, abrieron una brecha al valor de cambio que ha logrado condensar a favor de los medios antes que los fines, los órdenes teleológicos que hacen posible la racionalidad.

Este trabajo de filosofía moral, coloca los basamentos de una teoría del conocimiento sustentada en la indeterminación del fundamento último. Simmel propone una filosofía social que es una teoría del valor, una epistemología y un método (¿indu-deductivo?) para investigar a la sociedad a través de las instituciones como puntos de confluencia de órdenes teleológicos, vertebradores de los estilos de vida.

La filosofía y la sociología que plantea Simmel, parte de las formas materiales de manifestación del valor y de las interacciones sociales, en las que se producen conexiones conceptuales, psicológicas y éticas, dotadas de objetividad, mediadas por el dinero. Interacciones son un medio de representación de relaciones de la totalidad social con la singularidad individual.

El materialismo histórico que objetiva relaciones en las mercancías, es la vertiente científica con la que el autor desarrolla un fructífero diálogo de antagonismo, tácitamente, salvo en algunos pasajes finales en los que las alusiones son directas.

Lo que se le imputa a la perspectiva del marxismo, que constituye una de las críticas más mordaces jamás igualada de la economía política, no es la naturaleza misma de su causación explicativa, sino su alcance, el hecho de hacer derivar de las relaciones de producción, elementos para el análisis, que están más adentro de nosotros mismo de lo que nosotros lo estamos, parafraseando al Berkeley del Borges de *Otras Inquisiciones* y que se expresan en el interaccionismo simbólico, en los estilos que se depuran en la dialéctica entre

las categorías del ser y del valor, categorías que son constitutivas de todo lo social, *fenómenos* primigenios y a la vez, estructurantes.

El valor, alojado en la deseabilidad, es un juicio sobre las cosas, es más bien un tercero, *una categoría que penetra en la dualidad* objeto-sujeto, *pero que no se acaba con ella*. Implica un reconocimiento que procede del dominio escindido de la interioridad moral y la determinación social. Las cosas adquieren valor, cuando hacen sentir su escasez y utilidad, luego de una *frecuencia de aparición relativamente alta* y en un constante movimiento de proximidad y alejamiento recíproco. El contenido de sacrificio o renuncia que implica la consecución, es tan determinante como el precio para datar la magnitud de valor de una mercancía (objetivación de una interacción social).

En línea con una tradición utilitarista refinada, en la intersección de los sentimientos subjetivos, como parte de la determinación recíproca del valor, el sacrificio y el beneficio, implícitos en renunciar a lo que otro accede y viceversa, en tanto proceso objetivo, se encuentra la economía, que es un caso especial intercambio y los grandes sistemas de interés de la cultura, en ese cruce, el intercambio es la acción recíproca más *pura y elevada*.

Si bien el sacrificio determina el valor, no es un juicio de valor, un deber ser. Hacer un sacrificio de valor para obtener cosas que, en-sí, carecen de valor resultaría tan irracional como la determinación del valor por medio del precio.

Si bien la economía parece ser una nueva forma en principio, en el sentido de que presupone tanto los valores como su contenido, a fin de introducirlos en el movimiento de igualación entre el sacrificio y el beneficio, en realidad el mismo proceso que constituye la circulación económica a partir de los valores presupuestos, se puede describir, consecuentemente, como el creador de esos mismos valores. (Simmel, G. [1900] 2003, p. 52).

La forma valor, la objetivación del deseo que supone un intercambio en equilibrio entre sacrificio y beneficio, se articula procesualmente a contingencias tales como la utilidad (la demanda, la deseabilidad), por un lado; y la escasez (la oferta), por otro lado, ambas son determinantes del movimiento económico. Los momentos de discrepancia entre sacrificio y beneficio son los episodios de separación entre valor y precio, a los que denomino *discrepancia genética*, en virtud de que el intercambio es un fenómeno social *sui generis*,

“De modo más claro aparece esto bajo los dos presupuestos de que, primero, una cualidad valorativa única aparece como el valor económico por antonomasia y que dos objetos solo se pueden reconocer como iguales en valor, en la medida en que contienen la misma cantidad de aquel valor fundamental y de que, segundo, cierta proporción entre dos valores se manifiesta en el terreno del deber ser, poniendo el acento, no solo en la exigencia objetiva, sino también, en la moral. Por ejemplo, la concepción de que el elemento valorativo fundamental, en todos los valores es el tiempo de trabajo socialmente necesario objetivado en ellos, se ha utilizado para proporcionar una unidad de medida – aplicable directa o indirectamente- que permite las oscilaciones del valor con diferencias mayores o menores en su relación con el precio. Esta unidad valorativa única deja sin explicar, sin embargo, como es que la fuerza de trabajo se ha convertido en un valor”. (Ibíd. p. 62).

En el episodio de la *discrepancia genética* la escasez y el deseo han establecido el valor del intercambio, pero es el valor del intercambio el que convierte la escasez en un asunto medible, identificable sociológicamente, así, el triunfo de la economía monetaria ha tenido lugar. El relato de su legado, pertenece al inasible cabrioleo sociológico del *ethos*.

“Muchas teorías del valor cometen el error de creer que, una vez dadas la utilidad y la escasez, el valor económico, esto es, el movimiento de intercambio, se sigue como algo evidente, como la consecuencia conceptual necesaria de aquellas premisas. Esto no es cierto en absoluto. Si, al lado de aquellos presupuestos se diera tan sólo una modestia ascética, o si únicamente propiciaran la lucha y el robo, –como suele ser el caso frecuentemente-, no surgirían valor económico ni vida económica algunos”. (Ibíd. p. 65)

Simmel postula que el valor es relativo al *ethos*, y el *ethos*, a su vez, está dotado de la relatividad exasperante de la especificidad histórica, en ese plano de indeterminación, el intercambio es la *realización económica e histórica de la relatividad de las cosas*; como acción recíproca que está condensada en el dinero, cuya determinación filosófica, implica un acercamiento a la forma de valor económico, a la *forma de lo real* y a una *interpretación del ser en general*. Considerar lo absoluto y lo relativo le imprime a la deriva intelectual de *Filosofía del Dinero*, el rumbo de una teoría del conocimiento, sustentada en las relaciones de poder.

El movimiento, el caos en el que fuimos deyectados, encuentra en los procedimientos racionales su fundamento último, ahora bien, *jamás podremos saber cuál es ese conocimiento*

absoluto al cual la racionalidad tiende. Mientras que las formas existenciales son normativas, su contenido es indeterminado, esta dislocación permite postular un relativismo no escéptico, una vindicación de la elegancia y el estilo, que partiría de la constatación de que *no hay ninguna ley que aspira a la invariabilidad eterna*, esto es evidente tanto en la ciencia como en el ordenamiento jurídico, en el que *la legitimidad de cada norma, sólo existe en relación con otra y ninguna la posee por sí misma*.

“El conocimiento es un proceso que se mueve libremente, cuyos elementos determinan mutuamente su posición, como lo hacen las masas por medio del peso y al igual que en éstas, la verdad es un concepto proporcional. (...) La totalidad del conocimiento no es, pues, «verdad», como la totalidad de la materia tampoco es pesada; únicamente en las relaciones mutuas de las partes tienen vigencia los atributos que no podemos adscribir a la totalidad sin incurrir en contradicción”. (*Ibíd.* p. 79).

Si apelamos a la ficción, al registro literario para comprender esta filosofía basada en el interaccionismo simbólico, podríamos utilizar el fragmento de la popular novela de Milan Kundera, la *Insoportable levedad del ser* en la que retóricamente, el escritor húngaro, se pregunta, sabiendo que las moscas tienen 4000 terminales ópticas, si éstas ven una realidad dividida en 4000 partes o ven 4000 realidades, la tesis de Simmel, que sostiene que *i. ninguna de las representaciones que el ser construye desde su organización psicofísica caracteriza el contenido extra-psíquico en su objetividad en sí*, va en esa línea.

Lo real, lo verdadero, no es «a priori», sino resultado procesual y el conocimiento es aquello que ha sido cultivado teóricamente, sin condensaciones racionales vertebradas en axiomas, axiomas que, a su vez, son tan fundamentales e invisibles como el ADN para la identidad humana. Determinar la esencia de las cosas, acceder al mundo como dominio del alma, implica asumir la validez simultánea de los principios opuestos: el deductivo y el inductivo, transitarlos como recorridos epistemológicos de ida y vuelta, constitutivos de la actividad científica social.

El alma, el espíritu, es un producto del mundo, la representación de la mundanidad, es, a su vez, un producto del espíritu. La tesis de que, en términos de una filosofía del conocimiento, *no hay sujeto sin objeto ni objeto sin sujeto*, puede considerarse, desde la perspectiva de una fundamentación semiótica de equivalencia entre el lenguaje. Las resonancias de la tesis de la unidad del objeto y el sujeto, relación que el doctor Alfred Schutz

vio resuelta gracias a Simmel, tiene las resonancias de la cita bíblica que Umberto Eco parafrasea al comienzo de *El nombre de la rosa*, a saber: *En el principio era el Verbo y el Verbo era en Dios y el Verbo era Dios*.

“(…) El rasgo característico de toda existencia cognoscible, esto es, la interdependencia y reciprocidad de todo lo existente, incorpora lo que se hace comprensible: la esencia del dinero. En el dinero es donde el valor de las cosas, entendido como su reciprocidad económica, ha encontrado su expresión y su culminación”. (*Ibíd.* p. 99).

La pregunta que surge es ¿cómo el dinero resuelve o al menos intenta resolver, su vinculación genérica con los objetos, es decir, con un valor que no es dinero, y le otorga significación y valor?

Ningún objeto expresa tanta miseria humana, tanta necesidad y opresión. Su extraordinaria cualidad de ser valor de las cosas sin ser la cosa, le permite *ingresar en las relaciones de intercambio y mostrar las relaciones entre sus cantidades*. Mide, participa, representa, pertenece, excluye, incluye, es la materialidad de lo abstracto y la estabilidad de su valor es condición para la productividad; su existencia dota de sentido al mundo práctico de las cosas en relación unas con otras, y las relaciones sociales, como abstracciones conceptuales, pueden formularse en torno a la actitud que adquieren, en torno al dinero, los sujetos que las constituyen. El placer y el sufrimiento se agencian a su ritmo, lo prescindible, lo superfluo se configura en su proximidad; expresa escalas de valores, establece relaciones de medida y equivalencia, y en esa función, se expresa como *uno de los grandes progresos que ha hecho la humanidad*.

En el momento en el que los símbolos secundarios sustituyen en la práctica la materialidad inmediata de las cosas y los valores, la importancia de la inteligencia para la forma de vida ya no discurre entre singularidades sensoriales, sino que se determina por medio de abstracciones, equilibrios y condensaciones, se acelera extraordinariamente la realización veloz y completa de los procesos de abstracción en las relaciones interhumanas. (...) la importancia de las cosas y los hechos simbólicos sólo es posible, manifiestamente, por medio de una inteligencia muy elevada, esto es, únicamente a través de la fuerza espiritual autónoma que ya no precisa de las singularidades inmediatas (*Ibíd.* 147-48).

Aún con nostalgias de su materialidad sustantiva, el dinero evoluciona hacia el carácter de puro símbolo y elemento de circulación. Esta postura constituye un fundamento para una teoría de la historia y sugiere considerar la política moderna como filosofía social, bifurcada en dos vertientes: el materialismo histórico, tanto en su versión vulgar, que postula que la idea es algo material, como en la refinada, en el que la idea misma no es algo material, sino una norma del movimiento material y por el otro, el liberalismo, que sostiene que el dinero no es más que un instrumento y el espíritu es materia tanto como la materia es espíritu. En la función de intercambio, la compraventa de dinero, introduce la totalidad social, pero no le otorga un sentido determinado.

Las notas dominantes en la tendencia de la Edad Moderna, advertidas por Simmel en 1900, serían: la estatalidad centralista y a la vez, diferenciadora e individualizante; la creación de una economía principesca, elitista, asociada a las finanzas, que se distingue del mercadeo plebeyo de la mercancía; el refinamiento y ampliación del sistema de funcionarios y la condensación del conocimiento, sobre todo, el técnico-científico. Estas tendencias son explanadas históricamente y fundamentadas epistemológicamente en su obra. Así, el materialismo moderno, el historicismo y la concepción social del mundo, en su intento por afirmar lo universal negando su carácter abstracto, han generado enormes progresos en la comprensión del mundo.

Ya dentro de la esfera individual, a partir de la cual se infieren universales, se nos presenta la racionalidad. Esta es una acción con *intensión subjetiva* y una retro-acción bajo la forma de *sentimiento subjetivo*, que cristaliza en *función de fines*, vinculados a medios, en *el sistema vital*. En su eslabonamiento, los fines y medios, estructuran los órdenes teleológicos, éstos son trayectos de la voluntad por la realización de objetivos racionalmente fundados. Las tramas que esos órdenes teleológicos configuran, constituyen los estilos de vida de la sociedad, en esas interdependencias causales entre eslabones, el dinero es la antesala de toda finalidad. Objetivamente, las *instituciones* serían el *punto de cruce de una cantidad innumerable de curvas teleológicas de los individuos*.

En resumidas cuentas,

Los órdenes teleológicos, en la medida en que se orientan hacia lo posible en la tierra, por razón no sólo de su realización sino también de su estructura interna, no pueden detenerse y en lugar del punto fijo que cada uno de ellos parece poseer en su fin último,

éste aparece únicamente como el principio heurístico y regulativo, según el cual no se puede considerar un solo objetivo de voluntad como lo último, puesto que cada uno de éstos tiene abierta la posibilidad de convertirse en escalón para uno más elevado. Por así decirlo, el fin último es solamente una función o una exigencia: visto como concepto, este fin es solamente la condensación del hecho que en principio parecía negar; que el camino de la voluntad y la valoración humana conduce al infinito y ninguno de los puntos de su recorrido puede evitar ser considerado como un medio cuando se le mira hacia atrás, por más que, visto hacia delante, apareciera como el momento definitivo (*Ibíd.*, p. 345).

En el contexto de la economía monetaria, se daría una especie de des-orden teleológico. Expresado en la continua subversión de medios y fines, emergen deformidades sintomáticas: *la regalía de la riqueza*, es decir, las ventajas que van más allá de lo que el rico puede procurarse por medio de su dinero y la respetabilidad que la creencia popular otorga a los adinerados, son ejemplos del agudo dilema que implica un ascenso social en el que las resistencias materiales, siempre fuertes, languidecen si se las compara con las ideológicas. Además, quien posee dinero en cierta cantidad, obtiene la ventaja complementaria de despreciarlo. No es impropio recordar, en este punto, que la tradición filosófica, que se inicia con Platón, hace recaer la posesión del oro y el dinero, en el extranjero. Los casos de la diáspora y de los judíos asociados a actividades de préstamo a interés, son conocidos y parecería que el costo mayor de ser afortunados materialmente, fuera el desarraigo a perpetuidad.

La codicia, la avaricia, el despilfarro, son formas degradadas de la racionalidad en tanto orden teleológico, patologías que comparten un interés enfermo por el dinero como fin último. Estados de imperfección humana en los que la voluntad queda extinguida. En la misma base, pero en un sentido opuesto, encontramos el cinismo y el conformismo apático.

| Simmel concibe, en un examen de la voluntad, tres umbrales: el de la conciencia económica, por debajo del cual el espíritu queda en una especie de estado de *ataraxia*; el de la conciencia histórica, en la que se catalizan las experiencias pasadas, y el más alto, el de la conciencia filosófica, en el que todas las interacciones alcanzan determinación ontológica y la voluntad recobra todos sus bríos.

El dinero buscará vaciar la voluntad. Su fuerza niveladora, negadora del ocio, negociadora y a la vez distintiva, opera sobre las clases sociales, imprimiéndoles su inercia igualadora. El dinero se despliega en tensión permanente con las tendencias sociales

aristocratizantes, por un lado y mayoritaristas, por el otro. Así, para Nietzsche, *el ejemplar más elevado decide a cerca del valor de la época* y contrariamente, para los socialistas, *únicamente tiene sentido el medio, en su extensión*.

Sea que predominen los apocalípticos o los integrados, los aristócratas o las mayorías, se impone

El hecho de que cada vez se puedan conseguir más cosas a cambio del dinero, así como el otro, paralelo, de que éste ha aumentado hasta convertirse en el valor absoluto y central, tienen como consecuencia que las cosas finalmente son válidas en la medida en que cuestan dinero y que la calidad valorativa con la que nosotros las experimentamos solamente aparece como una función del más o menos de su precio en dinero (*Ibíd.* p. 337).

El problema filosófico que viene advirtiendo Simmel, prospera, en su monumental libro, subterránea y silenciosamente, hacia la tesis, según la cual *las cosas son válidas en la medida en que cuestan dinero y la valoración es función del precio*. Esta es una perspectiva muy diferente a la que encontramos en la clásica crítica de la economía política elaborada por Marx, en torno a la crisálida de la mercancía, explicada bajo la fórmula $M - D - M'$ y $D - M - D'$.

Al historiar el trabajo y las consabidas fases de esclavitud, servidumbre y trabajador asalariado, Simmel exuda cierto evolucionismo. Observa dos tendencias contradictorias y simultáneas, pero una sola crisálida que es, en potencia y en acto, tanto la larva como el insecto: el dinero y un avance progresivo de la libertad. Una tendencia nace al desaparecer las personalidades detrás de las funciones que impone la división moderna del trabajo, la “alienación” en términos frankfurtianos y otra implica un cierto grado de libertad, autonomía y expansión de uno mismo, acorde únicamente con la propia ley vital. En la teoría del valor de Simmel

Hay una cadena que va desde el ser al tener y desde el tener, de regreso, al ser. La cuestión marxista de si la conciencia de los hombres determina su ser o es su ser el que determina su conciencia encuentra aquí, en parte, su respuesta, puesto que el ser, en el sentido de Marx, comprende el tener de los seres humanos (*Ibíd.* p. 377).

La Bolsa es la tierra prometida del contingente humano que participa de la modernidad, en ella, ha *crystalizado la economía monetaria como fenómeno autónomo*.

Reivindicando a Kant y explanando la historia del espíritu, Simmel, expone y obtura sobre el individuo, a partir de la personalidad, fenómeno que se destaca por sobre las relaciones objetivas y constituye la confluencia crítica de espontaneidad y previsibilidad, azar y orden, arbitrariedad y regularidad.

En el cierre del capítulo dedicado a la Libertad individual, remarca su tesis central sobre la evolución social, en cuanto que *la extensión de un grupo es paralela a la individualización e independencia de sus miembros aislados*.

En los sistemas de interés de la cultura, específicamente en el cristianismo, la necesidad de salvación ha sobrevivido a su satisfacción, con lo cual se invierte la teleología que el orden monetario propone, junto a la ilustración, el idealismo abstracto y el socialismo ético, considera que la originalidad del alma cobra sentido con lo que es en absoluto.

Simmel accede a lo universal de la economía monetaria, a través de lo institucional, del estilo de vida, de las decisiones de vida que configuran los órdenes teleológicos. En los casos de tipificación de las relaciones entre el hombre y la mujer, observa que la economía monetaria está implícita en la distinción de matrimonios por compra o por *la dote* y en la distinción; al interior de la relación entre los sexos, entre esposa legítima, concubina y prostituta. En la relación de los sexos implicada en la prostitución no sólo se rompe el mandato kantiano según el cual nunca hay que utilizar a un ser humano como medio, sino que el caso expresa la irracionalidad implicada en la determinación a través del precio, bajo la forma de hipocresía.

El horror que la «buena» sociedad moderna profesa ante la prostituta es tanto más pronunciado cuanto más miserable e infeliz es ésta y se va dulcificando a medida que sube el precio de venta, hasta llegar a recibir en sus salones a la actriz de la que todo el mundo sabe que es una mantenida de un millonario, aunque esta mujer puede ser más interesada, más falsa y más depravada en su interior que una prostituta callejera. Aquí influye ya el hecho general de que se deja en libertad a los grandes ladrones y se cuelga a los pequeños, y que el triunfo, con independencia de su esfera y contenido, el triunfo como tal, ya inspira un cierto respeto (*Ibíd.* p. 489).

A la prostitución y al soborno, -como tributo a la vergüenza-, se le opone la elegancia, ideal que mantiene una actitud indiferente frente a la cantidad. Así, en los objetos baratos de pacotilla, en las bagatelas, se materializa la venganza de éstos por haber tenido que ceder el punto central de interés (el valor) a un mero medio indiferente (precio).

Al despotismo de regímenes políticos sustentados en la nivelación, Simmel propone una teoría del valor trabajo basa en una escala de valores, cuyo elemento valorativo no descansa sobre *el trabajo como trabajo, sino en función de un orden de cualidades establecido en función de un principio completamente autónomo.*

Es un error pretender determinar el trabajo en-sí.

La afirmación de que todo trabajo en sí no es más que trabajo, tomada como fundamento para la igualdad de valor del mismo implica algo tan incomprensible, abstracto y vacío como aquella teoría de que todos los seres humanos son seres humanos y por tal motivo, todos tienen el mismo valor y están cualificados por los mismos derechos y los mismos deberes. Si el concepto del trabajo que, en su universalidad, hasta ahora admitida, recibe su significación más como un oscuro sentimiento que como un contenido firme, ha de admitir una de éstas, se necesita una precisión más cercana del proceso real que en él se da (*Ibíd.* p. 537).

La teoría del valor que se desarrolla en *Filosofía del dinero*, se opone a la de Marx, en lo relativo a medir el trabajo por la cantidad apropiada del mismo, específicamente, en estos términos:

“En el tercer tomo de *El Capital*, Marx explica que la condición de todo valor es, incluso en la teoría del trabajo, el valor de uso. Esto sólo significa que, en cada producto, se emplean tantas partes del tiempo social general de trabajo como le corresponde en relación con la importancia de su utilidad. Así, pues, se supone la existencia de una necesidad general, cualitativamente unitaria, de la sociedad –al lema de la teoría del trabajo, el trabajo no es más que trabajo y como tal, de igual valor, corresponde aquí el otro que la necesidad no es más que necesidad y como tal de igual importancia- y la igualdad de utilidad de todos los trabajos se alcanza en la medida en que, en cada esfera de producción tan sólo se realiza el trabajo suficiente para cubrir la parte de la necesidad que le corresponde. Bajo este presupuesto ningún trabajo es menos útil que otro. (...), en principio no hay ninguna diferencia en los valores de uso, puesto que, cuando un producto, momentáneamente, tiene menos valor de uso que otro (esto es, el trabajo que

corresponde al primero tiene menos valor del que corresponde al segundo), basta con disminuir el trabajo en su categoría, es decir, con reducir la cantidad de su producción, hasta que su necesidad sea tan intensa como la necesidad del segundo, esto es, hasta que haya desaparecido por completo el «ejército industrial de reserva». Únicamente bajo esta condición puede el trabajo expresar de modo adecuado la medida de valor de los productos (*Ibíd.* p. 549).

Los medios se integran a la voluntad y la más perfecta elección de los mismos depende del conocimiento y de la inteligencia. Como estilos o formas de vida refinados, sin embargo, no son suficientes para la determinación de un fin. La virtud intelectual es un atributo de superioridad y ésta coincide, en su objetividad, con el dinero y el lenguaje, en tanto medio, relativamente independiente de las disposiciones individuales, comparables entre sí en su universalidad, pero que, puestos a circular, activan todas las peculiaridades que abordan. Esto permite concebir la acumulación correlativa de conocimientos y de dinero, como causa de la agudización de las asimetrías sociales que los sistemas educativos centrados en la “integración social”, difícilmente puedan revertir.

En relación al mundo práctico de las cosas, la separación de éstas y de las personas, como fruto laborioso de la objetivación y de la economía monetaria, ha tenido lugar. Una vez desaparecidas las mediaciones humanas, el intercambio, las relaciones interpersonales, la suma del poder pertenece al orden de la interacción simbólica. Simmel advierte que el entusiasmo que provocan adelantos como la iluminación eléctrica, o el teléfono, han hecho olvidar que lo importante no es la luz, sino aquello que hace visible.

Villa Ronzo, Esperanza, Santa Fe de la Vera Cruz, marzo de 2017

* * *

